

¡La navaja, coño!

Alejandro Aura

► No puedo decir por ningún motivo que viajar sea una maldición o una monserga o una actividad que de por sí traiga inconvenientes o desgracias, porque he disfrutado toda mi vida con los viajes y me he asomado a lo insondable muchas veces estando a las puertas o en el propio transcurrir de los muchos viajes en que me he visto embarcado. El misterio, la sorpresa, lo inasible, lo inesperado, no siempre con el sello de lo agradable sino incluso con su carga de disgusto o de incomodidad, o de desasosiego; pero toda mi vida he estado dispuesto, al menos anímicamente, para emprender cualquier viaje, lo mismo a unos cuantos kilómetros que de uno a otro continente. Me emociona tanto ir de México a Toluca como ir a Rumanía, a Canarias o a San Petersburgo.

Pero no recuerdo haber empezado tan mal lo que representa el arranque del viaje como las tres o cuatro veces que me ha sucedido lo mismo en los aeropuertos: he tenido que tirar o regalar mis navajas de bolsillo. Suelo tener en el llavero una navaja suiza, pequeña, con varias utilidades: navaja, cuyo nombre hace el genérico del objeto, tijeras, lima de uñas, pinzas de cejas o de astillas, desarmador, palillo de dientes y, según las distintas que he tenido, tirabuzón, destapador de latas y refrescos, punzón, lupa o algunas otras minuciosidades que se pueden o no usar a lo largo de lo que dura en poder de uno el objeto. Y siempre he tenido el modelo más pequeño, el que mide entre cinco y seis centímetros, no pesa nada y abulta menos. Una pinche navajita, pues, que se trae en el llavero.

- Polifacético, antisolemne, industrioso, Alejandro Aura (Ciudad de México, 1944) ha alternado su rico trabajo como poeta, por el que ha recibido premios como el Nacional de Poesía Aguascalientes (1973), y sus valiosas incursiones en la narrativa y la crónica, igualmente premiadas, con una incansable presencia en teatro, cabaret y televisión —donde ha sido, según el caso, actor, director, dramaturgo, guionista y conductor— y con importantes encargos de fomento y difusión culturales. Entre sus numerosas obras se cuentan los poemarios *Sol de agua* (1966), *Varios desnudos y dos docenas de naturalezas muertas* (1975), *Tambor interno* (1975), *Hemisferio sur* (1982), *Poeta en la mañana* (1991) y el disco *Causa de vida* (2003) en la Colección Voz Viva de México. Es autor también de la novela *La patria vieja* (1986), y de las obras teatrales *Las visitas* (1979), *Salón Calavera* (1982) y *XE Bubulú* (1984).

Ya vimos que Nina Myers, en la serie de televisión 24, es capaz de degollar a un tipo con un pedazo de tarjeta de crédito, de modo que cualquier cosa es arma; sí; de acuerdo; cuantimás una navaja cuya hoja, aunque no tenga más de cuatro centímetros de largo, puede cortar limpiamente una yugular y hacer que por allí se escape la fuente única, roja y veloz de la vida, pero eso en los programas y películas de ficción en donde un dulce y encantador personaje puede ser una despiadada asesina al servicio de los cerebros del mal, los inenarrables terroristas. OK. ¿Pero uno? Porque, claro, uno es la medida de todas las cosas de la vida.

A ver: me imagino a mí mismo utilizando mi navaja como amenaza ante el cuello de una frágil azafata a la que tuviera ya dominada con mi brazo izquierdo mientras con la mano derecha empujo levemente la punta del arma haciendo brotar una gota de sangre del blanco cuello de la aterrada chica, para que se vea que estoy dispuesto a todo; gota que alcanza a escurrir hasta mi mano y se desplaza con su lenta coagulación por el dorso de mi dedo índice, tenso en la base de la hoja metálica que ocasiona el daño, o sea que para que escurra por la hoja y llegue a mi dedo, y se note, ya no es gota sino chorrito. Claro que esto tiene que suponer que estoy lo suficientemente fuerte y acostumbrado a utilizar los músculos con tales fines para poder someter a la azafata que no tiene por qué ser dócil *a priori* y tiene de por sí la autoridad moral de quien se desplaza por los pasillos del avión dando instrucciones y servicios, además del entrenamiento preventivo que pueda haber recibido ante tales posibles contingencias; llevarla reculando hasta la cabina y amenazar a los pilotos para que... ¿para qué? Aquí ya no se me ocurre cómo seguir... Tendría que contratar a un guionista porque lo que mi imaginación discurre en tal circunstancia ni es interesante ni está de moda.

Y es que se me ha olvidado; me es tan natural traer la navaja en el llavero que claro que no me acuerdo de dejarla en casa o de meterla en el equipaje documentado, y sólo me doy cuenta de su existencia cuando ya no tengo más remedio que caer en las garras de los pobres atrapamalos que cuidan que todos vayamos seguros en los aviones y a los que sólo de vez en cuando se les cuela uno que quién sabe por qué es más listo, más sabio, más astuto o más cauteloso que todos los demás viajeros que usamos ese medio, y trasiega armas, explosivos, cadenas, cañones y acorazados que lleva escondidos en el sobaco. Y eso que hago todo lo posible por no volar en líneas aéreas estadounidenses, cuya ridícula inseguridad excede lo que para mí puede ser admisible,

pero la medida se ha extendido tanto que ahora en todos los aeropuertos se comportan igual.

Una vez sí conseguí que una chiquita en un mostrador de una aerolínea en Madrid me la guardara y a mi regreso se la fui a pedir y la tenía en un sobre con mi nombre, muy seriecita y educada. Pero fuera de esta princesa, de quien guardaré para siempre gratísima memoria, no he conseguido ninguna otra vez a alguien que se quiera hacer custodio, y he tenido o que regalarlas o que tirarlas de plano al bote de la basura, como hoy, que le dije al policía pues mejor se la dejo cuando me dijo que tenía que pagar tres euros y centavos por día de custodia en la consigna, y ya que me iba a tardar seis días de viaje, comprendí que me tenía más cuenta comprar una nueva. Ah, qué rabia; una poca contra mí y otra mucha contra la paranoia de los políticos que diseñan tan estúpidos sistemas de seguridad. Hoy, por ejemplo, el guardia me toqueteó todo, hasta el pirulí, a ver si traía yo armas, y no, claro, no traía, porque la única, ésa sí peligrosísima, que tenía, la acababa de tirar a un bote de basura, y a mi mujer la dejaron pasar sin revisarla, como si ella, por frágil, bonita y delicada no pudiera llevar algo escondido bajo sus ropas. Entre sus discretos encantos.

Digo que me toqueteó todo y no es una metáfora, hasta los entresijos me tentó a ver si no traía yo sutiles cartuchos de dinamita inteligentemente acomodados entre los tompiates. Como ya soy un señor mayor y he vivido muchas experiencias de todo tipo, incluso hospitalarias, no me alebresté, ya sé que uno lleva las de perder si deja que su sagrada rabia colérica se manifieste, ya sea por efecto de la reacción de quienes tienen en esos casos el poder real o porque a uno le venga luego un bajón peligroso de adrenalina, o de presión, así que me dije mejor a mí mismo: aflójate y coopera, que ya pasará; total, qué te importa que te roce allí con sus asquerosas manos. Lo verdaderamente feo fue tener que tirar la navaja a la basura. Cero y van cuatro, o cinco. Estoy harto de que se me olvide documentarlas. ~



ESPACIOS Y CARACTERES

El juez y el prestidigitador Flavio González Mello

► Por medio de la presente hago de su conocimiento los sucesos acaecidos con fecha de ayer en este Tribunal para su debida investigación: PRIMERO.—Que siendo las veintitrés horas con cuarenta y cuatro minutos del día doce de los presentes, ante el Juez Tercero de Distrito en materia penal, venerable Ministro Shao-Té, se presentó un sujeto de aproximadamente cuarenta años, complexión raquítica, estatura promedio, cabello inocuo, frente inminente, ojos inexpresivos, nariz poblada, barba ridícula, bigote insultante, el cual dijo llamarse doctor Arquímedes Rabanov, o Robanov, o Rabinov, ser nativo de Estopania la Baja, tener cientos sesenta y cinco años de edad, ejercer el oficio de adivino y estar momentáneamente avecindado en esta ciudad, aunque únicamente en espíritu y sin domicilio fijo, pues su cuerpo se había quedado fuera del país. SEGUNDO.—Que el susodicho doctor Rabanov, o Robanov, o Rabinov presentó denuncia en contra de los señores Li-Tiu alias “El Sacacorchos”, Wan-Shé alias “El Imprevisto” y Sen Woo alias “La rama de jazmín que florece en el atardecer de un plácido día de verano”, por los delitos de secuestro, violación, sodomía, tortura por todos los medios conocidos y por conocerse, homicidio en primero, segundo y tercer grados, canibalismo, y los que se descubran en el curso de las pesquisas. TERCERO.—Que una vez formulada esta denuncia, el doctor Rabanov, o Robanov, o Rabinov (a quien en adelante se denominará “EL DENUNCIANTE”) guardó prolongado silencio, limitándose a mirar a los presentes con aire como de sorna o burla; ante lo cual, el venerable Ministro Shao-Té, en su inmensa sabiduría y famosa prudencia, estimó conveniente preguntar, y preguntó al DENUNCIANTE, en la persona de quién o de quiénes habían los susodichos señores Li-Tiu alias “El Sacacorchos”, Wan-Shé alias “El Imprevisto” y Sen Woo alias “La rama de jazmín que florece en el atardecer de un plácido día de verano” (a quienes en adelante se denominará “LOS PRESUNTOS FA-